

Traje de caza para Bolivia

Una inglesa aventurera que ayudará a abrir una tierra desconocida le cuenta a ‘Marie’ sus planes, sus peligros y sus trajes

«¿Dónde está Bolivia?». Tuve que hacer la pregunta ya que ni siquiera yo puedo conocer la ubicación exacta de todos los lugares de la superficie terrestre: «Ah, ya veo: una gran región al oeste de Sudamérica. Y se adentra en zonas inexploradas. ¡La única dama blanca allí! Con permiso». Y partí a verla. Seguramente tenga algo nuevo que contarnos.

En el tren, por supuesto, me imaginaba a una dama alta y musculosa, con cabeza masculina, frente alta y pelo corto, peinado hacia atrás, tal vez con anteojos, zapatos grandes y faldas muy cortas. «Seguramente», pensé cuando la vi en su encantador salón, «esta joven alta y delgada, que aún no ha cumplido los veinticinco años, no podría enfrentarse a los peligros de tierras inexploradas». Pero así era, e hice entonces mis preguntas. La primera, naturalmente, fue:

The Morning Leader, Londres, martes 29 de diciembre de 1896. Trad. de Diego Villar.



Figura 48
Dibujo en *The Morning Leader*,
29 de diciembre de 1896.
© The British Library Board,
Inglaterra

—¿No tienes miedo de recorrer todos esos miles de kilómetros y adentrarte en lugares tan peligrosos?

—Oh, no, estoy encantada. Me gustará, aunque desgraciadamente nos encontraremos con un clima desagradable casi todo el tiempo que dure nuestro viaje. Pasarán once semanas antes de que llegemos al pequeño asentamiento en la frontera de la región desconocida a la que nos dirigimos. Mi marido va a abrir este país, y como va a estar afuera cinco años o más, no quiero quedarme atrás. Iremos los dos solos pasando por París, Burdeos, Madrid, Lisboa y Madeira hasta Pará, en la desembocadura del Amazonas. Aquí probablemente nos encontraremos con nuestra compañía de más de quinientas personas. Todos tomaremos vapores fluviales -en los cuales

dormiremos en hamacas sobre la cubierta- por el Amazonas hasta el río Madeira, y allí cambiaremos por canoas. Nuestro avance será muy lento, pues cada noche tendremos que acampar en las orillas antes del anochecer. Debo hablarles del lujo que mi esposo y yo nos hemos permitido...

ES DECIR, SILLONES PLEGABLES.

«Pero, sobre el viaje, llegamos entonces a las peores partes porque tenemos veinticinco días de recorrido pasando por cataratas extremadamente peligrosas. A una, en particular, se le ha dado el nombre de ‘catarata del Infierno’. Luego, nuestras propias lanchas de vapor se reunirán con nosotros y nos llevarán hasta el río Beni, y mulas nos conducirán finalmente a nuestro destino temporal».

—Les vendrá bien un descanso— me aventuré a decir.

—Sí, eso espero. Me harán una bonita cabaña. Ya hay allí unas doscientas personas, aunque como soy inglesa me mirarán como una curiosidad. Son españoles. También lo es la gente que llevamos: españoles y portugueses. Entre los trabajadores sólo hay cincuenta mujeres: esposas que, como yo, prefieren no quedarse atrás. Veinticinco son lavanderas, otras cocineras, etc.

—¿Cómo vas a ocupar tu tiempo allí?

—Bueno, supongo que probablemente saldremos a cazar alrededor de las cinco de la mañana, nos mantendremos tranquilos a la sombra durante el calor del día y volveremos a estar ocupados por la tarde. Supongo que estaré muy aburrida mientras mi marido se vaya al campo. Estará fuera unas seis semanas seguidas y tendrá que enfrentarse a todo tipo de peligros.

—¿Tribus salvajes?—pregunto.

—Sí. Aunque las tribus nunca superan las cuarenta o cincuenta personas y quizá, por suerte para nosotros, siempre están luchando entre ellas. Es poco probable que tengan muchas armas de fuego, pero son expertos tiradores y

SUS FLECHAS ESTÁN TODAS ENVENENADAS.

—¿Qué hay de tu atuendo?— La mente de una mujer jamás se aleja de esos asuntos.

—Ah, ven a verlo. Eso era precisamente lo que yo quería. Fui con ella y vi una enorme variedad de muselinas frescas, bonitas, con manchas, flores, rayas, en blanco, en crema y en todos los tonos pálidos y más frescos, batas de casa y de té, y sombrillas por docenas. Zapatos, medias y guantes blancos, y un sinnúmero de sombreros de paja Leghorn y Panamá. Me quedé estupefacta. ‘Verá’, dijo mi anfitriona en voz baja,

«TIENEN QUE DURARME CINCO AÑOS».

Las enaguas y la ropa interior eran hermosas, de la más finas telas, sedas y muselinas. Sin embargo, entre ellas había también camisones de franela de un peso que rara vez se usa durante un invierno inglés: «Las noches son traicioneras», explicó mi anfitriona.

Y añadió: «Y éstos son mis trajes de caza».

Botas marrones largas ajustadas a la forma de la pierna, atadas por delante casi hasta tocar la rodilla. Luego, bragas de montar de color marrón claro y leonado, de los materiales más finos, abotonadas y abrochadas justo por debajo de la rodilla y en la parte posterior de una banda moldeada para la cintura. Se combinan con blusas de algodón sueltas, y unas corbatas ligeras aportan el toque final. La cabeza se corona con un gran sombrero, cuanto más extendido mejor. Un cinturón con bolsillos para

LA PISTOLA Y EL CUCHILLO,

fustas, rifles de caza y guantes de hilo de Escocia completan el equipo. Pues montar a caballo en la Bolivia desconocida no es un paseo por el parque.

—Y qué hay sobre la comida?— pregunté.

—Hay mucho pescado, y se hace una especie de pan; luego hay loros, que se utilizan para comer como las palomas, y también hay monos, pero supongo que la carne de mono será demasiado dulce para mí, aunque por allá gusta mucho. También hay todo tipo de animales más grandes y, por supuesto, nuestra caza será principalmente para alimentarnos. Tendremos que cazar los caballos salvajes Mustang, que una vez domados son animales buenos y fuertes para usar. Será espléndido allá: el país es tan rico y hermoso que podré estudiar la botánica en toda su extensión.

—Y estarás aislada del mundo durante cinco largos años. Y desayunarás sin *The Morning Leader* a tu lado.

—Sí, supongo que sí. Lo echaré de menos, lo sé; pero uno siempre tiene que renunciar a algo, y deberé conformarme con conseguirlos un poco desfasados. ¡De cincuenta en cincuenta! ¡Sólo piénsalo! Bueno, adiós.

MARIE



Figura 49 Lavanderas en el río Orthon. Navidad de 1982.
Fuente: colección privada Hans Joachim Wirtz, Leverkusen



Figura 50 Transportando bolachas por el río Orthon hasta Riberalta. 1985.
Fuente: colección privada Hans Joachim Wirtz, Leverkusen



Figura 51 Padre e hijo llegados del centro gomero, barraca San Ignacio. Julio 1985.
Fuente: colección privada Hans Joachim Wirtz, Leverkusen